



Notas bibliográficas

Agustín MILLARES TORRES.—“Historia general de las Islas Canarias”. Refundición, prólogo, notas y adiciones por Agustín Millares Carlo y Antonio Fleitas Santana. Epílogo de Tomás Felipe Camacho. La Habana, Editorial Selecta, 1945. 546 págs. 42.

Con algún retraso llegó a nuestras manos este bien presentado y fuerte volumen con que la numerosa colonia canaria de Cuba trata de aliviar la añoranza de su lejana tierra. Es simpático el espíritu con que estos grupos de isleños expatriados, voluntaria o involuntariamente, por los más diversos azares de la vida, conservan el recuerdo de sus peñas nativas. Tan pronto como su ruda labor les proporciona algún bienestar económico o categoría social ese espíritu se traduce en obras de vida colectiva, sociedades mutuales, revistas, en fin, libros.

La idea de editar de nuevo, abreviada y refundida la ya clásica Historia de Millares, fué un acierto que pudo ser tan útil entre las colonias canarias esparcidas por América y deseosas de recordar el pasado de sus islas, como para los mismos que en ellas vivimos y que necesitamos, de tiempo, una obra así, de cómodo manejo. En efecto el texto original de Millares Torres, en 10 tomos de cerca de 300 páginas cada uno, era susceptible, sin menoscabo, de grandes cortes tanto por supresión de vastas digresiones y adornos retóricos al uso de su época (su estilo, muy siglo XIX, está más lejano del nuestro que el dieciochesco de Viera) como de elementos adventicios ajenos a la historia (tablas estadísticas, lingüísticas, nomenclátoreas, ¡hasta una nómina de peces!). Desgraciadamente la labor de remozar la narración no era fácil y exigía la cuidadosa atención de un especialista; y si bien éste no faltaba, y es precisamente uno de los que

suscriben la publicación, acaso por residir lejos de donde se ha editado el libro, sospechamos que ha tenido en él poca más participación que la breve nota preliminar y su nombre en la portada. Buena voluntad no ha faltado sin duda de parte del otro editor responsable; pero no puede pedirse a un profesional del foro lo que sería empresa difícil para un erudito de la historia local.

Así, francamente, la nueva edición de Millares, tiene todas las arrugas que el tiempo ha ido marcando en la antigua y ha perdido muchos de sus méritos. El interesantísimo repertorio crítico de fuentes históricas que formaban la Introducción de la edición ochocentista aparece mutilado caprichosamente, cuando era más lógico suprimirlo simplemente en una publicación del carácter de la presente. Mientras nos encontramos todavía con persas, egipcios y etruscos, con nuestro ya popular Ben Farruch, etc., no se recoge, ni siquiera en nota, como hizo Darias Padrón resumiendo a Viera, ninguna de las aportaciones de la investigación y de la crítica de este medio siglo último, que no es grano de anís afortunadamente. No puede alterar esta apreciación alguna nota suelta extraída de Menéndez Pelayo, que sólo servirá para demostrar que el gran polígrafo, en su tiempo, se preocupaba más de estar al día de la investigación histórica canaria, que sus actuales lectores.

En fin, si no podemos recomendar este libro a los que deseen conocer la personalidad y la labor ingente que en el siglo pasado realizó Agustín Millares Torres, ni tampoco a los que hoy necesitan un manual cómodo que les dé el estado de nuestros conocimientos históricos insulares, ¿a quién lo recomendaremos? Acaso a los aficionados a leer relatos histórico-novelescos... Sentimos no hallarle un público para el cual sea más provechoso, pues por otro lado el gesto y propósito de sus editores no pueden merecer más que simpatía.

E. SERRA

Adolfo SCHULTEN.—“Las Islas de los Bienaventurados”. En “Ampurias”, Revista de arqueología, prehistoria y etnología, VII-VIII. Barcelona, 1945-46, pág. 5-22.

En este artículo el conocido profesor alemán renueva ideas ya expuestas por él mismo en múltiples ocasiones a lo largo de toda una vida de erudición consagrada a las antigüedades españolas. Parece que la idea de que en la región del sol poniente es donde perviven los elegidos es general entre los pueblos que ven ocultarse el sol en el mar. No obstante para Schulten las ideas de los antiguos sobre unas islas, que ejercían precisamente este oficio, en el océano occidental, no pertenecen a este grupo de

mitos sino que responden según él a conocimientos directos y reales de las islas atlánticas. De ahí nuevas elucubraciones para identificar Sirie y Scheria de la Odisea, no menos que Ogygia y Aiaia, moradas de Calipso y de Circe; luego el Jardín famoso de las Hespérides del rústico Hesíodo etc., etc. Todo esto en realidad tiene muy poco de nuevo: todavía recordamos una conferencia que Víctor Bérard pronunció en Barcelona en nuestros años mozos, bajo el título sugestivo de *Callipsó, la espagnole*, tan amena como inconsistente. Nada tenemos que decir sobre esto; tanto Schulten como Bérard y los demás tienen perfecto derecho de colocar estas señoras y sus islas donde mejor les acomode. Incluso no me parece del todo imposible que el confuso recuerdo de Tartessos, el gran mercado de Occidente, esté en la base de la novela platónica de la Atlántida, idea que sostiene Schulten y que acaso sea la única localización razonable de este mundo desaparecido, puesto que nos empeñemos en localizarlo en alguna parte.

Lo que me parece ya contumacia grave es la insistencia de nuestro autor en colocar en la Madera las islas que describen, no ya los poetas griegos, sino los historiadores y geógrafos. Reconocemos la dificultad de hallar identidad real para sus descripciones, pero en todo caso *no pueden referirse* a las islas de Madera y Porto Santo. La isla descrita por Diodoro (5, 19 apud Timaios, según Schulten) es una isla con ríos navegables, con jardines y parques regados por canales, con cortijos y pabellones de verano, etc. Madera no fué jamás habitada antes de establecerse en ella los portugueses, hacia 1425. La ausencia de testimonios de vida humana anterior es conclusiva. No puede referirse a Madera, ni a las Canarias occidentales (de Gran Canaria al Hierro), que Schulten cita como posible, aunque no probable, alternancia, pero a las que tampoco conviene aquella descripción mítica. Diodoro se limita a dar una nueva versión, ahora en prosa, de las islas paradisíacas de los poetas.

Otra descripción, identificada igualmente por Schulten con Madera, es la que nos da Plutarco en la Vida de Sertorio, 8, basándose en Posidonio, según nuestro autor. Es posible que se trate sólo de una versión más del mismo mito, pero esta vez contiene rasgos concretos que convienen a islas existentes y tal vez sea una contaminación de noticias verdaderas con las maravillas tradicionales. Esos rasgos, al contrario de como se empeña en verlos Schulten, son incompatibles con el grupo de Madera, pero convienen con nuestras Canarias orientales, Lanzarote y Fuerteventura. La "comprobación de esto dimos en otra ocasión"—como diría Schulten— en *Revista de Historia*, X [1944], 185. Plutarco habla de dos islas separadas por "un estrecho brazo de mar"—la mínima distancia entre Madera y Porto Santo es de 28 millas, mientras la Bocaina tiene apenas 5 a 6 millas de ancho—. En ellas las lluvias eran escasas y cortas pero los vientos traían copiosos rocíos, merced a los cuales producían estas islas sabrosos frutos de los que vivía la población con poco trabajo. Apenas se notaba e

cambio de las estaciones del año. Sólo al fin se mencionan las islas homéricas y sus venturas.

Los detalles del clima, ¿no recuerdan bien nuestro Lanzarote? Pero concretamente ni los habitantes ni el estrecho se podían hallar en otro par alguno de islas no míticas.

Repetimos que Schulten no hace más en este artículo que refrescar viejas elucubraciones suyas y de otros. Muestra como siempre su vastísima erudición clásica y también, en su tesis y en algún detalle, su candorosa fantasía, como cuando discute seriamente la existencia de las naranjas y de los nísperos en las islas atlánticas, en la Antigüedad.

E. SERRA

Antidio CABAL.—“Lenta Madrugada”.—Cuadernos de poesía y crítica, 4. 1946. Las Palmas de Gran Canaria. Tip. Alzola. 82, 15 págs.

En la interesante página que Ignacio Quintana puso a disposición, en su periódico, de los jóvenes poetas y escritores de Las Palmas leímos los primeros versos de Antidio Cabal, unas nueve composiciones. Por desdicha, la página dejó de publicarse, porque si no nos cansáramos en seguida de todo, dejaríamos de ser quienes somos ya que la constancia no es flor de nuestras zonas. No hemos sabido más de Antidio Cabal hasta que ahora, en la colección de “poesía y crítica”, el poeta Juan Mederos nos advierte, en un elegante prólogo, que Antidio Cabal brinda en este cuaderno una muestra de su futuro libro en preparación *La sangre y la ceniza*.

En la página de “Falange” Antidio Cabal se manifestaba un poeta preocupado por escogidas lecturas y, con un matiz de sano popularismo arrancado de esa gracia emotiva y poética que emana de lo que, con autenticidad, es popular. En las cuatro composiciones que integran el cuadernito que reseñamos, Antidio Cabal pasa a formar parte de esa actual poesía que decanta en voz románica de un Neruda o un Aleixandre—ese gran príncipe del verso español—un extraño mundo pura y exactamente poético que vuela no en los cielos de aquella denominada “poesía pura”, sino que vuela a ras de tierra y casi sacando, más que la imagen desnuda, un cálido, apasionado y aun estremecido aliento humano, tan soterrado en las fuentes de la vida y de la personalidad que, pese a sus formales contactos con el surrealismo, utilizando una dirección filosófica, casi me atrevería a llamar poesía “existencialista”, si es que los pontífices de la metafísica no se escandalizan.

El amor y la madre, la vida y su misterio, los temas eternos son tratados con nueva voz por el joven poeta de Las Palmas. Entre la sangre (esa sangre tan traída y llevada, no sé si desde que Victoria Ocampo denunció su supremacía frente al intelecto) y la melancolía, los extremos

polares del humano vivir, teje Antidio Cabal sus poemas en los que, si a veces la metáfora no es nueva y el verso no es seguro, al menos se patentiza su pulcra intención poética y se consigue en aciertos como al fijar pumas". Algunas muestras más podríamos entresacar de esta juvenil y la gracia de una doncella que trae: "llenas de ángeles/las manos casi esviva poesía.

M. R. A.

Svensson, SVENTENIUS E. R.—"Notas sobre la Flora de las Cañadas de Tenerife". Publicación del Ministerio de Agricultura. Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas Centro de las Islas Canarias. Jardín de Aclimatación de Plantas. La Orotava. Cuaderno número 78. Madrid, diciembre 1946. Del mismo autor: "Contribución al conocimiento de la Flora canaria". Publicaciones, idem, idem. Cuaderno núm. 79, Madrid, diciembre de 1946.—"Index seminum quae hortus acclimatationis plantarum aurutapalae pro mutua commutatione offert".—Santa Cruz de Tenerife, MCMLVI. Imp. Romero, 39 págs. en 4º.

Por gentileza de D. Jorge Menéndez, Ingeniero Director del Jardín de Aclimatación de la Orotava, la gran fundación del VI Marqués de Villanueva del Prado, prócer nunca bastante alabado, tenemos los tres folletos que enumeramos. Nadie se asuste porque nuestra avilantez bordee vedados campos científicos, ajenos a nuestra profesión y a la índole de *Revista de Historia*, pero brindan estas tres publicaciones tal lección patriótica y regional, tan rotundo broche de cultura canaria que nosotros, hondamente interesados siempre por lo que con nuestra región tenga relaciones, no podemos menos de registrar.

Ignoramos si los hermosos libros de Leoncio Rodríguez, con su valiosa literatura, brindan mayor, más profundo y emocionado ejemplo que la descripción que el Sr. Svensson hace, por ejemplo, de la "Violeta del Teide". Se trata de una prosa sencilla, científica. La violeta del Teide, humilde pero valiente, escala una altura considerable; su vida está amenazada. He aquí cómo la describe el Sr. Svensson: "Bella y rarísima especie que habita la zona superior de Tenerife. Sus hojas grisáceas se confunden fácilmente con el suelo en el cual vive, y solamente los atractivos colores de sus flores, o la fina fragancia de ellas, suelen advertir su presencia. La planta, que es casi siempre escasa, se halla en la cumbre de

Gujajara y Pico Viejo, como en la Montaña blanca, al pie del Teide, siguiendo hasta unos 20 m. bajo de la cúspide del volcán y ganando así el galardón de ser la planta florífera que escala más altura en territorio español. Las Cañadas de Tenerife es su localidad clásica y única en la Tierra”.

Aquí, como en el *Diccionario de Historia Natural* de Viera, la diafanidad de la prosa cobra un fino prestigio estético. ¿Habrá planta que acentúe más sutil y sabiamente que esta mínima violeta del Teide su presencia? El color de sus flores, la fragancia de ellas; color y olor, los incentivos de la coquetería botánica son las dos notas que, con sabiduría, subraya la violeta del Teide. Otro ejemplo de sobria vida heroica o casi ascética nos lo brinda otra planta, una gramínea, la *Vulpia Myuros Gmel.* “Esta diminuta planta es uno de los poquísimos vegetales que causan la admiración del observador en las alturas superiores del Teide, por su gran adaptación frente a las rigurosas condiciones de vida que se ve obligada a soportar; especialmente, en lucha con las emanaciones sulfurosas y los violentos vientos. Allí, aun puede verse a una altura de 3.650 metros”.

En el primer cuaderno citado, el Sr. Svensson describe unas 48 especies estrictamente canarias e indica unas 31 más que, sin ser autóctonas, se encuentra también en Las Cañadas (si no nos equivocamos en la cuenta). Alguna especie, como la *Bufoia Teneriffae Chrit*, ha sido hallada por el Sr. Svensson, pero además debe caberle el orgullo de haber descubierto una especie nueva: la *Monanthes niphophila Svent*, una crasulácea. Comprendemos que al excelente botánico sueco le haya sido nada fácil el invento; semejante planta “suele sustraerse fácilmente a la vista por la semejanza en el color de sus hojas con el de las rocas en cuyas fisuras habita”. Una lectura detenida de este cuaderno es una especie de ¡ay! romántico, de tonos elegíacos y tristes.

Casi todas estas especies viven con dificultad en lucha con el viento y los pastores, que se han propuesto extinguirlas. El *Taginaste picante* tiene vistosas flores azules reunidas en largas espigas, pero su extensión es limitada; vive sobre lava menuda o en la piedra pomez, pero es muy escasa, como tantas otras. Del *Taginaste rojo* o de las Cañadas nos dice Svensson que “a menudo es destruída por los pastores y sus rebaños”. De la *Hierba conejera* nos dice que casi está a punto de desaparecer. He aquí casi el epitafio de este presunto cementerio botánico, si Dios no lo remedia; se trata de la *Serratula canariensis*: “Rarísima y preciosa planta de Tenerife, en vías de extinguirse. La planta fué descubierta en el año 1816 en el Llano de Maja, que es su localidad clásica y única y donde su existencia se halla hoy día tan amenazada que no llega a 30 ejemplares”. Lo que escribe Svensson de la Retama de las Cañadas, casi nos produce una gran desazón a nosotros, estos seres estúpidos y anacrónicos que no nos interesan las biquinelas, el canódromo o los sagrados valores del fútbol: “Su extensión disminuye rápidamente, debido a una bárbara y sistemática

destrucción. A base de la celeridad con que ésta prosigue hay motivos para temer la extinción de este notabilísimo vegetal dentro de muy poco tiempo". ¿Habrà que resignarse? ¿No es posible hacer nada para evitarlo?

De la *Sabina* o equivocadamente cedro (*Juniperus phoenicea* L.), si bien no exclusiva de Canarias, sí es habitante de las Cañadas. De esta conífera, nos dice el autor que "parece estar condenada a desaparecer, pues en toda la zona que venimos hablando sólo pudo ser observado un ejemplar, situado entre Guajara y Topo de la Grieta".

¿A qué seguir? Y menos mal que, en medio de esta desolación, algún viejo superviviente con prestigio afianza su "genealogía". Del cedro canario hay un ejemplar, "un típico y viejísimo ejemplar en la Montaña Rajada, que el Excmo. Cabildo Insular de Tenerife ha puesto bajo su protección en el año 1944".

En el cuaderno núm. 79 el Sr. Svensson Sventenius nos da cuenta de cinco especies descubiertas por él y por él primeramente descritas. A los ilustres nombres de Web y Berthelot (nombres que llevan la mayoría de nuestras especies indígenas) añade el Sr. Svensson el suyo. Se trata de dos *Monanthes* y tres *Centaureas*. Estas últimas son: la *Centaurea Junoniana* Svent. spec. nova, encontrada, así como una variedad suya, la *Isoplexiphylla* Svent. en las proximidades de Fuencaliente (La Palma), muy escasa; la *Centaurea Ghomerytha* Svent. hallada en mayo de 1945 cerca de la Punta de San Marcos en la Gomera; vive en parte del NE de la isla y es escasa; y la *Centaurea Tagananensis* Svent. que vive en el NO de Taganana y muy escasa. Un ejemplar se cogió en junio de 1944.

Las *Monanthes* son: *Monanthes Niphophylla* Svent. spec. nova. Vive en Las Cañadas a gran altura y es, a veces, abundante. El Sr. Svensson ha tenido la fortuna de cultivarla durante dos años en el Jardón Botánico y el *Monanthes Dasyphylla*, Svent., spec. nova hallada en octubre de 1944 en las escarpadas rocas de Los Organos en el pueblo de San Andrés de esta isla y es muy escasa.

Tales son las nuevas especies que el Sr. Svensson describe en latín y en español. A éste, como al cuaderno anterior, acompañan buenas fotografías que avalan el contenido. En el cuaderno 79 las reproducciones en color de las *Monanthes*, muy bellas.

Por último, el *Index seminum* es un catálogo de las plantas indígenas (en su primera parte) y de otros países (en la segunda) que se encuentran en el Jardín de Aclimatación o "Jardín del Rey", como decían los antiguos.

Este gran hotel donde tantos personajes botánicos habitan resulta ya estrecho. El fichero de estos personajes o sus células es la que, científicamente, se nos da en esta publicación, redactada en latín. El gran esfuerzo, el gran amor que el Sr. Svensson ha puesto en su vocación; la llamada del Sr. Menéndez (que pone introducción a los dos cuadernos anteriores),

"Horti Director", ¿será posible que no tengan acogida? El Sr. Svensson necesita tierra para hacer cultivos. Necesitan las plantas su "espacio vital". Los huesos del VI Marqués de Villanueva del Prado, el polvo ya, también sentirán esta necesidad de sus amadas plantas. Tanto dinero como hay para otras cosas, ¿es posible que falte para ayudar la callada, enorme, patriótica y desinteresada labor de un extranjero que camina horas y horas, leguas y kilómetros, que escala escarpadas rocas y vive días de ascética soledad, bajo el cielo de nuestras Islas y junto al buen Dios para encontrar una plantita, descubrir una *Monanthes* o una *Centaurea*?

Una advertencia: en el *Index* se expresa la voz *Aurutapalae*, sin duda errata por *Arautapalae*. Por lo que a esta voz se refiere y en nominativo, claro, me advirtió nuestro Director al hacer la recensión del libro del Dr. Guigou, "El Puerto de la Cruz y los Iriarte" (núm. 71 de *Revista de Historia*, tomo XI, pág. 352, nota) que "tal forma es invención de algún moderno novelador. Ni los documentos contemporáneos ni los antiguos cronistas la mencionan jamás". No cabe duda que sin esa extraña "l" se explica bien la evolución fonética: Arautapa>Orotava (monoptongación, asimilación y sonorización), pero lo curioso es que no se trata de una "invención de algún moderno novelador". No hay tal. La forma "Arautapala" la trae así Abreu Galindo (Edic. de 1848, pág. 209); así mismo la usa Viera (*Noticias*, tomo I, *Descripción del reino de Taoro*), y Berthelot, (*Etnografía*, pág. 183, junto a dos formas más y todas con "l"). Lo probable es que se trata de una errata de Abreu que los demás siguieron y es aconsejable que sin "l" se use de aquí en adelante.

Alguna errata más, porque el texto latino desconcierta siempre al cajista, podría anotarse pero, la verdad, a nosotros nos salen tantas en esta municipal y espesa prosa que escribimos que no nos atrevemos ya a señalar tales desafueros.

Revista de Historia es una publicación de índole profesional. No pasamos de los cuatrocientos ejemplares; nuestros lectores, con optimismo, llegarán a trescientos. No aspiramos a muchos más por las mismas razones que un escritor español aludía a *El mito del siglo XX* de Rosenberg: "un libro de filosofía del que se venden un millón de ejemplares no es un libro de filosofía". Sentimos, por vez primera no obstante, que esta recensión no llegara en este caso concreto a más amplia zona de lectores; quisiéramos interesar a los buenos tinerfeños por la suerte de la retama de las Cañadas, por la albura de sus diminutas flores, por su fragancia y hermosura ornamental... Pero no nos harán caso; los diarios pasan por dificultades de papel y es justo que éste lleve sobre su lomo las importantes reseñas de fútbol, de las biquinelas, el camódromo u otras cosas que aboman sus anuncios. No nos quejamos; nos parece bien. Ante semejantes intereses, ¿qué valor tiene la violeta del Teide, la retama de las Cañadas o esas cinco especies que ha descubierto el ejemplar, ascético y maravilloso E. R. Svensson Sventenius?

María Rosa ALONSO

Julián HERRAIZ.—“La mentira del agua”.
Ediciones “Mástil”. Tenerife, enero 1947. En 8º
s. n. Imp. García Cruz. Santa Cruz de Tenerife.

Otra nueva edición de breves cuadernos para breve poesía. Y menos mal que, de entre las tierras del mundial estraperlo y la ola espesa de ancha ordinariéz que sufrimos, la délgada voz de los poetas son mínimos focos de luz en este inmundo túnel que denuncia una presentida primavera, si es que Dios no quiere abandonarnos ya del todo.

Julián Herraiz—nada sabemos de él—nos ofrece en el cuadernillo que comentamos once sonetos. Y aunque está detro del área del participio pasivo a la moda “garcilaciana” (del muerto “Garcilaso” de García Nieto, que no el del “dolorido sentir”) y la pericia técnica (apenas quebrantada alguna vez) suple con la forma la no siempre lograda consistencia del fondo y unidad del concepto, no por ello dejan de ser estimables y hasta gratos los sonetos de Julián Herraiz. Véase esta muestra que pasa íntegra a mi futura *Antología del Teide*:

Subir en equilibrio a tu cintura
como salto de mar, como aire, nieve,
y rodear el talle que se atreve
a alzar la voz polar de su estatura.

¡Qué alto el manantial de tu frescura
que me contagia dentro y que me llueve!
¡Qué alta tu soledad! ¡Qué blanca y leve
la rosa abierta de tu escarcha pura!

Manar de ti. ¡Qué surcos y qué huellas!
De tus brazos el agua, vuelto y hondo
y serle vena al mar por tu costado.

La noche me diluye sus estrellas,
y el corazón te ve, Teide, en el fondo
y se duerme en tus pies aprisionado.

Tan grato como éste es el soneto titulado *Evasión*. Si Julián Herraiz logra, como creemos, también evadirse de esta alambicada y virtuosa técnica sonetista formal y atiende a la unidad conceptual y de contenido con las buenas dotes poéticas que manifiesta poseer, no dudamos que su pecho haya de lucir la gran medalla poética con que las Musas condecoran a sus elegidos.

M. R. A.

Juan MILLARES CARLO.—“Escenarios y cantares de la tierra canaria”. Cuadernos populares, 1. Las Palmas de Gran Canaria, 1947. Imp. España. Trabajo premiado (fuera de concurso) por el Sindicato de Iniciativa y Turismo de Gran Canaria, en abril de 1943. 42 33 págs.

En el número 74 de esta Revista correspondiente a abril-junio del pasado año comenté un trabajo similar a éste, titulado *La Copla* y del que es autor el brillante escritor e incansable trabajador literario, D. Sebastián Padrón Acosta. Con ligeras alteraciones repetiría aquí los conceptos en aquellas páginas vertidos.

No creo en la eficacia “divulgadora” de este tipo de folklore que ya empieza a asustarme, porque parece ser que estamos en peligro de confundir lo popular con lo vulgar. Si colecciones de la naturaleza de *La Copla* o de estos *Escenarios y cantares de la tierra canaria* se destinan al vulgo, pierden el tiempo los autores porque “el vulgo” sabe no sólomente las coplas publicadas sino verdaderos *costales* de ellas. Con gentes de bien de mi isla de Tenerife, con gente vieja y de gran señorío popular, he aprendido hermosas coplas, la mayoría de ellas desgajadas de obras cultas y perdidas, volando, como hojas, de boca en boca del pueblo. Recuerdo que una vieja persona, muy afecta a mí y ya desaparecida, cantaba con gran emoción esta malagueña: “Conciencia, nunca dormida / mudo y pertinaz testigo, / que no dejas sin castigo / ningún crimen en la vida”. Pues bien, cuando ya mayor leí yo *El Vértigo* de Núñez de Arce me encontré que esta redondilla es el final de la obra. Y así podría citar muchos ejemplos.

Insisto que semejantes colecciones pocas novedades traen para el pueblo, porque el pueblo en esto (como en tantas cosas) puede darle lecciones a los coleccionistas. La misión de éstos debe tender a que semejantes expresiones del alma popular se fijen en letra impresa, se conserven y pasen al acervo tradicional de esa minoría culta que hay en todos los rincones provinciales y que se afana, como mejor o peor sabe, por estudiar y fijar una tradición que se nos está yendo a toda prisa. Por eso me parece de verdadera utilidad estudiar esas coplas, analizar el carácter isleño que imprimen a la modalidad peninsular o destacar su valor netamente insular, etc.

Claro está que D. Juan Millares, al parecer heredero de aquel gracioso empirismo folklórico de sus padre y tío, los ilustres hermanos Millares, se apresura a manifestarnos que él no tiene competencia ni preparación para hacer un trabajo concienzudo de muestras coplas populares, pero también es la verdad que hemos llegado a una época, por lo que a cuestio-

nes regionales se refiere, que ya no puede seguir haciendo folklore a lo siglo XIX (y aquí no entra la ingente figura de un Rodríguez Marín u otro investigador de solvencia semejante).

Poca eficacia prestan colecciones de aluvión, que no separan nada; cansados estamos ya de "Colecciones de voces canarias", de "canarismos" etc., que se repiten unos a otros, como pasaba con nuestros historiadores, y de toda una actitud que, so pretexto "divulgador", ha hecho tal mezcolanza en el campo histórico, lingüístico o folklórico que se ve uno apurado y con dolor de cabeza para desembarañar tanto material de aluvión. Repito que las personas que por estas cosas se interesan no pasan de un par de centenares en cada provincia y que merecen que todas estas ediciones tengan, por lo menos, sencillas referencias serias e intenten separar lo que de peculiar y propio haya en la voz, en la copla o en el hecho. Claro que esta opinión mía no pasa de ser una opinión en la que se me puede o no seguir, pero ya la he formulado después que la experiencia me ha obligado a ello. D. Juan Millares presenta cada copla por él recogida con una prosa, en general bromista, y en la que glosa el ejemplo aducido. Inútil es decir que excepto las coplas de las *tartanas* y otras donde intervienen topónimos de Gran Canaria, el resto de las composiciones son o peninsulares o algunas de nuestro popular "Crosita"; la mayoría de ellas se cantan en las demás islas con curiosas variantes. Por no dar un empacho de "erudición" no me detengo en algunas de estas coplas y sus variantes tenerfeñas, ni en separar el terapéutico "Sana, sana" de la página 19 que nada tiene que ver con una copla, sino con "Medicina popular", con la que todos, de chicos, hemos sido curados, y que el excelente y documentado libro de Luis Diego Cuscoy *Folklore infantil*, recoge en su página 31, etc.

En fin, el librito viene graciosamente ilustrado por los hijos del autor, Eduardo y Manuel Millares Sall y pulcramente impreso.

M. R. A.

Leoncio RODRIGUEZ.—"Los Árboles históricos y tradicionales de Canarias" (Segunda parte). Santa Cruz de Tenerife, 1946. Biblioteca canaria. Tip. Nivaria, 245 págs. en 8º.

Hace ocho años que Leoncio Rodríguez publicó la primera parte de su hermosa obra *Los árboles históricos y tradicionales de Canarias*. Hace muchos años que he dicho y escrito que Canarias es, esencialmente, geografía. Y esto que parece una perogrullada es tan esencial, que la más fuerte de nuestras tradiciones, la de mayor rango es, con justeza, la tradición geográfica. Por ser la más fuerte y honda, todavía no tenemos un

buen tratado de Geografía del Archipiélago, pero gentes preparadas surgirán alguna vez que, de seguro, han de escribir semejante obra.

El mito geográfico de la Atlántida entronca con la tradición geográfica de nuestras Islas y el abolengo de la cultura clásica y mediterránea se lanza, fuera de las puertas del estrecho de Hércules, a la gran aventura Atlántica, allí, cerca de la morada de la Noche, según refiere el maravilloso autor de *La Odisea*. Pero este mito clásico, que se injerta a la alborada existencial del Archipiélago, se ve adicionado por el mito nórdico y céltico de los viajes de San Borondón. Semejantes viajes crean una isla más. Una isla tornadiza, enigmática, que se escapa como una mujer deseada y esquiva. Gracias a este mito la cultura medieval llega, desde el Norte, a las atlánticas tierras del Sur. En uno y otro caso, Canarias está bajo el signo de las descripciones y de los portulanos.

La atracción que los extranjeros han sentido por nuestras islas y muy concretamente por la de Tenerife (se trata de justicia y no de ridículas vanidades) ha sido puramente geográfica. Las primeras investigaciones serias que los "canaristas" han hecho son preferentemente botánicas. El excelente Viera escribe su mejor prosa en su *Diccionario de Historia Natural*. Las ascensiones al Teide (que pensamos reunir en un volumen complementario al de la Antología poética que preparamos) tienen ese encanto de la literatura de viajes donde se acentúa la atracción geográfica que el volcán y la isla, *per nativitate*, implican. Después del Diccionario de Viera le sigue, en el orden del tiempo y en superación de otros de mayor tecnicismo, la exquisita obra, emocionante a pesar de su asunto, de Web y Berthelot, *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, publicada casi a mediados del siglo pasado. Desde los prerrománticos tiempos en que Mr. Berthelot miraba desde su ventana de hotel u hospedería, por 1820, el drago del jardín de Franchi, hasta la época actual en que Svensson Sventenius ha descubierto cinco especies vegetales que añadir a la flora indígena, la prosa de los naturalistas, siempre hermosa y sugestiva en su pureza y sencillez, ha encantado nuestro espíritu. Entendemos que una página en que se describe una especie botánica potencia vigorosamente un contenido literario y estilístico, aparte de su valor científico. Por eso me han atraído siempre los estudios botánicos, por la dosis de soterrada literatura que implican.

Las investigaciones de Mange, en el siglo XVIII, que encontró en las arboledas de La Laguna el *Paro* y el *Pinzón*, que llamó de Tenerife y a los que estimó por nuevas especies; los estudios del citado Berthelot y en especial sus *Arboles y bosques*, publicado en la excelente "Revista de Canarias" en 1789; los trabajos del Dr. Masferrer en la misma revista; la interesante obra *Un jardín canario*, también en la misma revista publicada y debida a nuestro paisano Domingo Bello y Espinosa; los trabajos de D. Víctor Pérez y su apostolado botánico... No podemos agotar las citas. Nos interesa subrayar que cualquier descripción de estos botánicos marca

el aludido acento estético a que nos referíamos. Dumont d'Urville—citado por Berthelot—alude al bosque de Agua García con términos que sitúan al hombre que hereda el sentido de la naturaleza roussoniana: “Nos encontramos a la entrada de una bella y magnífica selva, atravesada por un límpido riachuelo que corre a través de sendas que se diría haber sido trazadas para hacer de este hermoso sitio un paseo delicioso. Soberbios laureles, flex y viburnos revisten este monte formando su base, mientras que enormes brezos de cuarenta a cincuenta pies de altura pueblan la orilla. Por el tono general, el aspecto y la forma de los vegetales y, sobre todo, de los helechos, estos montes recuerdan perfectamente los de las islas del Océano Pacífico... Después de haber vagado una hora bajo estas deliciosas sombras, salí de este sitio no sin tener el sentimiento de no poder permanecer allí más tiempo”. Del drago de Franchi escribe Berthelot: “Una raza de hombres inocentes y sencillos lo había visto nacer y el coloso había crecido a través de los siglos; él fué la admiración de las generaciones que se sucedieron; todo en él parece indicar un tipo de la flora primitiva, salvado de las revoluciones de ese viejo mundo, cuya poderosa vegetación se mostraba bajo formas extrañas y gigantescas. Así fué como la Naturaleza, en la extravagancia de sus creaciones, había podido hacer de una simple asparragínea un árbol monstruoso, cuyas flores se abren de noche y recuerdan nuestros tallos de espárrago, exhalando un amizado perfume”.

El Dr. Masferrer escribe así de esta especie: “Creo que los canarios deberían tener el Drago por árbol santo y recordando que los aborígenes de este Archipiélago lo veneraban como a un genio bienhechor, deberían castigar al que se atreviera a cortar un solo pie del mismo. A los actuales dragos de Icod, Realejo y Geneto se les debería guardar las mismas consideraciones que en los países ilustrados se tiene a los monumentos artísticos”. El párrafo con el que describe al sauce canario D. Domingo Bello y Espinosa tiene el valor de una bella página de prosa romántica: “El sauce de Canarias, *Salix canariensis*, no es de las especies más notables del género, que cuenta unas 160. No tiene la elegancia del *Salix Humboldtiana*, ni la dulce melancolía de los sauces llorones; pero hay un no sé qué de fresco, de primaveral, en su ramaje garzo y poco flexible, en sus largas espigillas plumosas, que se cree uno transportado a aquellos profundos y pintorescos barrancos de nuestras islas donde resueñan los prolongados silbos del mirlo y las variadas y sonoras cadencias del capirote”.

La gran tradición botánica de las islas ha nutrido una literatura de vivos acentos regionales. La famosa selva de Doramas, aquel viejo corazón de la Gran Canaria que apenas late por unos cuantos tilos, inspiró el numen de muchos poetas canarios. Estudiado tenemos cómo el motivo de la selva de Doramas informa el lirismo de Cairasco, Viera y Clavijo, Benta y Travieso hasta Tomás Morales, por no citar sino los representativos.

El poeta isleño no ha sido impresionado tan sólo por el tema del mar pero ya es hora que nos refiramos a la obra de Leoncio Rodríguez.

Toda esta tradición vegetal y botánica ha enraizado en el alma de Leoncio Rodríguez, maravilloso árbol viviente que nos brinda sus frutos. Los individuos famosos de nuestra flora: drago de Icod, de La Laguna o de Geneto, palmera de la conquista que cantó románticamente Victoria Ventoso, alma finísima del Valle de Taoro, el pino de Buen Paso o el laurel de Nava, vivos unos, desaparecidos los otros, adquieren una personalidad tal en la pluma de Leoncio Rodríguez que los sentimos más vivos que a muchos personajes humanos. Las selvas, los pinares, los madroñeros o los retamares como colectivas comunidades de seres vivos se adueñan de nuestro espíritu. Profusas oraciones admirativas salpican la prosa emocional de Leoncio Rodríguez de acentos melancólicos; un saudadoso aliento de emdecha se destila de esta prosa sencilla, sin pretensiones, pero que tan pura y sentida se manifiesta y tan en honduras nos resuena.

Leoncio Rodríguez ha recogido cuánto le ha sido posible averiguar de nuestra tradición botánica y literaria y lo ha vertido en sus dos libros de árboles históricos. Ha potenciado lo inerte de historicidad que es sólo privativa del hombre, porque la Historia Natural no es, en rigor, historia. La historia es el acontecer de los hombres en el tiempo, pero los árboles de nuestras Islas, los montes y las selvas, los cardones y las retamas son personajes a los que les pasan cosas. Nos lo dice Leoncio Rodríguez, el periodista mejor de nuestra isla y cuya obra—la valiosa y jamás superada colección de "La Prensa"—es otro maravilloso árbol vivo que perdió su tronco, como el señorial drago de D. Juan Domingo de Franchi o como el cacto de la Escuela Normal de esta ciudad en la evocadora mansión del Marqués de San Andrés y que el último temporal nos ha llevado. Este libro menudo y brillante, sencillo y evocador ha desgranado sus capítulos en generosa dádiva y nos han sonado tan profundos y religiosos como, al pasear por la vega lagunera, se desgrana sobre nuestra alma solitaria el respunte armonioso y litúrgico de un capirote o de un canario cantor.

María Rosa ALONSO

Juan MARQUÉS. — "Poemas."—Cuadernos de poesía y crítica, 7. Las Palmas de Gran Canaria, 1946. Tip. Alzola. 82, 15 págs.

D. Juan Millares Carlo hace, en el prólogo de este cuaderno, la natural presentación de Juan Marqués, poeta que, si no es de Canarias, en ellas ha vivido mucho tiempo y es, espiritualmente, hijo de ellas.

Parece que su verso se mueve entre la inspiración catalana del mejor

Maragall (Juan Marqués ha vivido también mucho tiempo en Cataluña) y el verso rotundo, marino y orquestal de Tomás Morales. Sus poesías, de valor objetivo, pueden ser muy bien ilustraciones de paisajes o estampas levantinas y canarias, al pie de cuadros de Sorolla o Néstor. Pero aunque el poeta se mueva con dignidad entre los cánones de una poesía tradicional y el verso falle alguna vez (como en ese impropio endecasílabo: "de su propia luz, ébrio, se esfuma", de la pág. 11 y cuyos acentos evitaría un cuidadoso poeta), no es ello obstáculo, es decir, la referencia y alguna impericia, para que no consideremos a Juan Marqués un correcto poeta. La composición final, un soneto que se titula *Paisaje del olvido y del recuerdo*, nuestro preferido, no es mala muestra que ofrezco a mis lectores para que juzguen y caten una airosa y discreta poesía:

Olvido, mar desierto, en calma, llano;
horizonte sin islas amorosas,
sin brisas. Velas flácidas en vano
intentan navegarte silenciosas.

La nave del amor, en desolada
soledad, ya sin luz en su blancura,
duerme y casi naufraga desterrada
en el voraz azul de tu llanura.

De pronto, golondrina que a su nido
regresa, un aura leve de añoranza
tensa las velas del amor dormido.

El recuerdo despierta la esperanza;
de blancos lirios deja el mar florido
su soplo y, a su voz, la nave avanza.

M. R. A.

Héctor RODRIGUEZ.—*"Contrastes matrimoniales"*. Las Palmas de Gran Canaria. 1947. 42
12 págs. Imp. España.

Recibimos este cuadernito impreso con pulcritud en los talleres de la imprenta España y sólo a título de ser su autor canario damos aquí breve cuenta de él. Se trata, en realidad, de un artículo de periódico que aborda la tremenda y peliaguda cuestión del matrimonio, con un estilo sencillo y moderado sentido común. Pero opinamos con toda modestia que semejante

trabajo más que de una edición aparte, como página periodística—ya de diario o revista—hubiera cumplido su adecuado fin. Lo que este trabajo nos advierte es que, en general, cuando la ilusión se quiebra—y parece ser que es con harta y desoladora frecuencia—la dura realidad impone sus fueros: los ánimos se alteran y las voces se levantan con acritud. Parece también ser que lo útil es tener buenos modos, buena dosis de comprensión y, como dicen nuestros magos inefables, “aguantar el genio”. Pero desde *La Perfecta Casada* hasta los manuales de profilaxis más o menos técnicos los acontecimientos enseñan que la gente se casa siempre—resulte bien o mal el casorio—sin hacerle caso a los artículos, libros, manuales o tratados...

M. R. A.

Francisco ALONSO LUENGO.—“Las Islas Canarias. Estudio Geográfico-Económico. Notas sobre la tierra y los hombres”. Madrid, Publ. de los Servicios Comerciales del Estado, 1947. 4º, 422 págs. LXX láminas.

Ciencias y divulgación, en agradable hermandad, nos ofrece este “peninsular” como resultado del cariño que estas islas supieron inspirarle; es el fruto del viajero observador que capta nuestras cosas íntimas pero que no se limita a expresarnos sus personales sensaciones sino que las contrasta y comprueba mediante el estudio de estadísticas y de toda clase de documentos, las avala en trabajos recientes y aun inéditos; por ello la obra lleva un subtítulo que refleja su contenido: *estudio geográfico-económico*, muchísimo más de económico que de geográfico, precisaremos nosotros, y *Notas sobre la tierra y los hombres*, notas de tipo subjetivo en general, añadiremos también. En suma: obra sugestiva acerca de los medios de vida del canario y su aprovechamiento, todo expuesto con habilidad sobrada para hacer una lectura grata e interesante.

“Con aspiración de comenzar—sólo de comenzar—a cubrir los claros que los trabajos existentes dejan deliberadamente sin llenar, el autor ha intentado escribir un estudio de conjunto sobre las producciones y el comercio del Archipiélago Canario y los problemas con uno y otro relacionados”. Palabras de Alonso en el preámbulo que luego cumple estrictamente, componiendo “un libro de índole predominantemente económica” bajo el punto de vista comercial, aspecto en el que produce sus mejores frutos, cosa explicable teniendo en cuenta la preparación del autor, técnico comercial del Estado que ha ejercido el cargo de Delegado de Comercio en Santa Cruz de Tenerife.

Por esto mismo el valor del contenido del libro es tanto más firme

cuanto más ligado con el comercio es el tema tratado, e inversamente. Prescindamos pues del tributo rendido a la tradición histórico-legendaria de las islas, sin faltar las alusiones inevitables a los clásicos, a los Campos Eliseos y a la Atlántida, resumen a base de Viera y Darias que creemos no hace falta al objeto principal de la obra, aunque la ameniza con vistas principalmente al lector no canario. Trata de adentrarse en el campo histórico para conseguir una mayor proyección en los fenómenos económicos que va a estudiar, pero de todos modos aparece muy robusto el brazo comercial en relación con el resto del cuerpo económico.

No cabe duda que la Geografía económica necesita del apoyo de la historia, pues el hombre-colectividad no sólo actúa sobre el medio físico, sino también sobre el medio creado por sus antepasados, que ambos constituyen el medio geográfico. Alonso Luengo esboza este camino pero sin profundizar suficientemente en él, como se ve por ejemplo al referirse a la economía *guanche*; “precisamente—dice—a causa de esa fertilidad y de esa riqueza los guanches no adelantaron más en el camino del progreso económico”, concepto simplista que se contradice con el resto de la obra. Más lógico es explicar aquel hecho por el aislamiento y las características de la economía primitiva. El resumen correspondiente al período español de las islas es más interesante, aunque desigual, ya que en él destaca la amplitud dedicada al comercio de los vinos, basado en trabajos de Carrasco y sobre todo de A. Lorenzo-Cáceres.

Comienza su Introducción diciendo “En Canarias se trabaja” y todo el libro es una exaltación del trabajo del canario; a modo de réplica del famoso “aplatanamiento”, hace magníficas descripciones acerca del esfuerzo realizado para lograr la estructura económica actual, principalmente en el campo agrícola, a pesar de que el autor no se rinde ante el espectáculo y proclama a “el comercio sobre todo” y afirma que “contrariamente a lo que a primera vista pudiera pensarse, el comercio predomina sobre la agricultura”, cuando parece más prudente limitarse a considerar al comercio y a la agricultura canarios como hermanos siameses, ambos consecuencia directa de la posición de las Islas y con mutua dependencia.

Dedica un capítulo, el II, al medio físico, y aunque por el carácter del libro ya era de esperar que tratase este tema superficialmente, nos parece parte poco lograda. No alcanza, como en otros aspectos, a darnos una idea de conjunto; se detiene en lo anecdótico para rellenar el espacio, y al hablar de geología toma afirmaciones de Fernández Navarro que él mismo rectificó en estudios posteriores. Otro capítulo dedica al elemento humano en el cual, aun arriesgándose por el terreno de la apreciación subjetiva, expone el tema con habilidad y con observaciones justas, aunque alguna otra sea discutible.

El capítulo dedicado al esfuerzo del canario para crear riqueza es uno de los mejor logrados; aunque recorra caminos trillados por los panegiristas de nuestra tierra, ha sabido distinguir, con claridad, trabajo e inteli-

gencia humanas, donde otros sólo han visto naturaleza. Son altamente interesantes los estudios que hace de la agricultura, dividiéndola en cultivos de consumo local y cultivos de exportación. Da abundantes datos y observaciones sobre bosques, pastos y ganadería, apoyado en información de primera mano, copiosa y de la mejor calidad, todo lo cual hace esta obra de consulta obligada en lo sucesivo para todos estos aspectos de la economía canaria.

Lo mismo debemos afirmar de los capítulos referentes a la industria, comunicaciones y comercio, con abundantes estadísticas con las que se adentra en la estructura de la economía regional y logra una visión clara cuya lectura hay que recomendar, repitiendo palabras del prologuista Sr. Fuentes Irurozqui, al que "pretenda asomarse a conocer la fisonomía de las Islas Afortunadas y en particular en su aspecto económico, de ayer, de hoy y aun de sus perspectivas de mañana, ya que todo alcanza la visión de su autor". Sólo echamos de menos los gráficos explicativos, ya clásicos en esta clase de obras, donde la estadística ocupa un lugar importante.

Un tema nos parece discutible en el juicio que sobre él formula el autor. Alude con frecuencia al poco desarrollo de la industria para la que supone un terreno ventajoso en nuestras islas; no nos convencen sus razonamientos, antes creemos que el desarrollo industrial ha estado en proporción con las verdaderas posibilidades y si bien queda camino por recorrer éste no es tan florido como apunta el Sr. Alonso; sólo pudiera crearse la industria a costa de los Puertos Francos, que el autor defiende con verdadero entusiasmo, para vivir a base del proteccionismo y con perjuicio de la agricultura. "Las islas—afirma—se ven perjudicadas por la desventaja inicial de la falta casi absoluta de materias primas (con las excepciones que se indicarán) y de elementos productores de energía, pero cuentan con las ventajas de su posición y de régimen arancelario que permiten obtener aquellas materias y aquellos elementos, e incluso colocar después los productos acabados, en las mejores condiciones posibles". Nos sorprende que Alonso Luengo olvide que una industria establecida donde se carece de la totalidad de los elementos, excepto el humano, es muy artificial y sólo puede vivir detrás de una fuente barrera aduanera, sin posibilidades expansivas, debido a que su coste es mayor que en las zonas productoras de alguno de los elementos básicos, materia prima o fuente de energía. Precisamente el régimen de Puertos Francos ha sido beneficioso porque las producciones de las Islas no tropiezan con las ajenas, sino que las complementan, favoreciendo la especialización de sus productos y logrando así un mayor rendimiento.

Expone con todo detalle el movimiento comercial de las Islas, concediéndole la debida importancia, aunque a veces a costa de los otros elementos económicos; analiza los hechos con el espíritu de un "mercantilista" del siglo XVI o XVII, y afirma que toda la economía depende del co-

mercio, como se ha demostrado a lo largo de las crisis sufridas por las Islas. Pero nosotros vemos en ello, no una razón de la mayor importancia intrínseca de este comercio, sino que precisamente es el punto más vulnerable de nuestra economía; adquirimos productos de primera necesidad y por tanto imprescindibles, mientras que nuestros clientes en cualquier momento pueden dejar de comprar sin sufrir serias perturbaciones por ello y así ha ocurrido siempre: por diversas causas han dejado de comprar nuestros productos y hemos tenido que empezar de nuevo con otros que puedan interesar a nuestros proveedores, para así pagarles.

El apartado referente a la balanza comercial es poco amplio, pues ya advierte el autor que le faltan muchos datos, pero aun así es el punto de apoyo para demostrar las conclusiones hechas a priori, de carácter valorativo acerca de la economía canaria; la cual por los datos expuestos ha resultado siempre con déficit, que oscila entre 7.294.012 en 1930 y 4 millones 733,638 en 1942 (en pesetas oro), cifras suficientemente elevadas como para meditar sobre ellas.

El Sr. Alonso termina con el tema "Mirando al futuro", lleno de sugestivas conclusiones, que aunque de carácter personal, tienen un gran valor por lo certero de su visión, y es suficiente para avalar al autor como gran conocedor de nuestros problemas y necesidades.

Los canarios podemos felicitarnos por la aparición de esta obra, que destila gran cariño y comprensión hacia todo lo nuestro, deja fluir los razonamientos con gran maestría y se hace seguir con verdadero gusto a través de más de 400 páginas. A pesar de la no coincidencia en algunos puntos de vista, no podemos menos de mostrarnos satisfechos de una obra que nos ofrece una visión de conjunto con suficiente perspectiva para estar por encima de localismos y que es la primera que conocemos con tal amplitud. Esperamos que cumpla su fin primordial, divulgando el conocimiento científico de nuestro Archipiélago.

L. AFONSO

José M. GUIMERA.—"Galdós o la sencillez".
Publicaciones de "El Museo Canario", Las Palmas de Gran Canaria, 1946. 17 págs. en 4^o (Edición separada de "El Museo Canario", núm. 18, abril-junio de 1946).

Lo que quizás y sin quizás es José Manuel Guimerá nos atrevemos a decirlo. Lo habíamos pensado ya, desde hace tiempo, cuando leímos en el diario "La Tarde" sus trabajos *La noria y el torno* (ediciones de los días 23, 24 y 26 de febrero de 1944) y *Una acuarela de Bonnin* (edición del 19 abril del mismo año). Tales trabajos son dignos de mejor suerte que la

de hoja volandera que se destruye pronto. Ya podía pensar el autor reunirlos con este ensayo que reseñamos y los que existan o puedan existir en un volumen, porque José Manuel Guimerá es un ensayista. Como el caso es tan insólito en estos peñascos—que yo sepa no tenemos ningún ensayista—bien vale la pena que uno lo subraye.

La conferencia que leyó en 1943 nuestro escritor, con motivo del centenario de Galdós en Las Palmas, es un pulcro y fino ejemplo de las dotes de ensayista literario que posee José Manuel Guimerá. Honda admiración y marcada influencia por la prosa de Azorín se advierte leyendo los ensayos de Guimerá, pero no es un reproche. Conocedor de la obra galdosiana, el autor aísla lo que ella tiene de sencilla, lo que Galdós tiene de sencillez y sobre esta palabra (que los malditos correctores le han escrito con acento en la e final) teje y desteje, lima y pule su labor de analista que nos ofrece limpísima y correcta. Este ensayo de Guimerá no adviene al inefable campo de la emoción estética, como en Azorín, sino se adentra por los vericuetos serenos del intelecto con unidad y rigor que roza a veces los linderos del metafísico más que los del literato. Y el ensayo de Guimerá, que ha destacado lo que de sencillez hay en Galdós, es una muestra de agudeza analítica, lección de limpia y serena prosa.

M. R. A.

